

El mismo asunto.

Para rectificar todas las exageraciones y todos los conceptos equivocados del P. Poncelis en su *Literatura Hispano-Americana*, cuya introducción queda examinada en el artículo anterior, era necesario escribir otro libro mayor que el suyo; porque está éste tan aprovechado en lo de errar, que apenas hay palabra en él que no merezca correctivo.

No quiero yo hacer tanto; no quiero dar á ciertas cosas demasiada importancia; por eso me voy á limitar, después de lo dicho, á señalar brevemente las equivocaciones de más bulto.

Hablando de Méjico, llama el P. Poncelis á un ilustrísimo señor Munguía *el Balmes mejicano*. ¡A cualquier cosa llamarán allí Balmes!

Yo no sé nada del Sr. Munguía; pero me figuro que sería un Balmes algo rebajado,

porque en el mismo párrafo en que se lo llama el P. Poncelis, llama *insignes filólogos* á tres señores apellidados Bascoso, Pimentel y Peña, que es como si acá se lo llamáramos á Comelerán, á Balaguer y á Cánovas; y llama eminente literato á un Sr. Roa Bárcena, crítico sin criterio y poeta sin numen, á quien yo calificué hace ya años de vice-Cañete.

«Primera flor del Parnaso mejicano, podemos llamar al P. Manuel M. Navarrete, franciscano», dice el P. Poncelis más adelante.

Bueno. *Primera flor...* Y ahora verán ustedes cómo es la *primera flor del Parnaso mejicano*.

Después de decirnos que el P. Navarrete publicó sus primeras poesías en el *Diario*, de Méjico, en 1805, y que, muerto él, un hermano suyo dió á luz en 1809, con el título de *Entretenimientos poéticos*, las composiciones que pudo encontrar entre los amigos y conocidos, porque el P. Navarrete, poco antes de morir, echó al fuego todas las que tenía en su poder (en lo cual hizo perfectamente), nos dice el P. Poncelis que «la musa del P. Navarrete, *inspirada en el prosaísmo del siglo pasado*, no se elevó sino en algunas estrofas», y que «sus poesías tienen *no poco desaliño y hasta faltas gramaticales...*»

¡Vamos!... Cuando el P. Poncelis conoce y

confiesa todo esto, figúrense ustedes cómo será la primera flor del Parnaso mejicano. Tal y tan hermosa, que hay para repetir la conocida frase: «Si esa es la flor, me... río de la primavera.»

Continúa el P. Poncelis tratando de la literatura de Méjico, y comienza de esta manera otro párrafo:

«Con ocasión de la *guerra de la independencia mejicana...*»

No parece justo llamarla así. Así se ha llamado y se llama la lucha heroica que, al comenzar la presente centuria, sostuvo España, nación independiente desde muchos siglos, contra la invasión napoleónica, injusta é ilegítima á todas luces. ¿Qué parentesco tiene con aquella guerra necesaria, noble y gloriosa, la insurrección de hijos rebeldes y desagradecidos contra la autoridad de su madre?...

No se deben confundir las cosas.

Empeñado el P. Poncelis en glorificar todo lo de América, á los versistas más desventurados, como los mejicanos Castillo y Quintana-Roo, los llama por lo menos *poetas notables*; y á los que le parecen algo mejores, aunque todavía sean bastante malos y aun de sobra, como D. Manuel Carpio y D. Joaquín Pesado (que ¡vaya si lo era!) no les deja

ni un punto más abajo de *poetas notabilísimos*.

De uno de ellos dice que es brillante en las descripciones y pródigo de imágenes deslumbradoras, y que con admiración y gusto se leen sus composiciones *La cena de Baltasar, El paso del mar Rojo* y... Pero digan ustedes que no; que no hay quien las lea, no siendo en penitencia satisfactoria.

Del otro, del Sr. Pesado, dice que es más sobrio y de inspiración *más profunda*, y que «ha hecho versiones *magníficas* de los salmos y del *Cantar de los cantares* en forma dramática y variada de metros, *cuyas* relevantes bellezas (¿de los metros?) dan á conocer...» etcétera, etc., todo para venir á confesar más adelante que «sus poesías morales y filosóficas son *algo monótonas* (¡es claro, *pesadas*, lo que yo he dicho!) pero sin que por eso dejen de ser poéticas *en sumo grado*».

¡*Algo monótonas*, sin que por eso dejen de ser poéticas *en sumo grado!*...

¿Qué idea tendrá el autor de lo que es el sumo grado de la poesía?

«Comparando—dice después—el atildamiento y *corrección de las formas de estos escritores* y el espíritu tan respetuoso y cristiano de sus composiciones, con el desaliño y desorden de muchos poetas de aquella época, se

ve que la influencia de los primeros, no sólo fué literaria, sino también social y religiosa.»

¡Qué se ha de ver eso, hombre de Dios!...

Lo que se verá, si acaso, es la falta de influencia, y además la falta de lógica y de *sinéresis* con que Ud. escribe.

¿De dónde saca Ud. que comparando el atildamiento y la corrección de las formas de unos escritores, aunque no se trate de la corrección de las formas de los escritores precisamente, como Ud. da á entender, sino de las de sus escritos, de dónde saca Ud. que, comparando su atildamiento y su corrección de formas con el desaliño y el desorden de otros, se vea que la influencia de los primeros no solamente fué literaria, sino social y religiosa?...

¿Dónde ve Ud. esa influencia del atildamiento y corrección de los unos? ¿Acaso en el desaliño y desorden de los otros?... ¡Pues vaya una manera de influir!...

Al contrario: lo que se ve, si es que á través de los logogrifos de Ud. se puede ver algo, lo que se ve es que los primeros no ejercieron influencia ninguna.

«Con todo, ha sido tildada — dice el Padre Poncelis — por algunos esta dirección de *culta y académica*; mas no ha sido obstáculo

para que *ingenios eminentes se arredraran de seguir tan luminosas huellas...*

Y ya tenemos aquí un lío, en el cual no se sabe si la dirección culta y académica, ó el tildarla de tal, *no ha sido obstáculo* para que los ingenios eminentes siguieran, ó para que se arredraran y no siguieran... Es decir, que no se sabe si los ingenios eminentes siguieron ó no siguieron las huellas luminosas.

«Vamos á nombrar — continúa — solamente tres, cada uno de los cuales sería honra de cualquier literatura.»

¡Atiza!...

Y luego resulta que los tres son un señor Arango y Escandón, *«poeta de exquisito y de acendrado gusto»*, por supuesto; un señor Segura *«eminente filólogo, según lo acreditan sus muchas poesías (?) originales y traducciones»*, y «D. Ignacio Montes de Oca», ó sea *Ipando Acaico*, el ripioso autor de los *Ocios poéticos*, el traductor de los idilios de Teócrito, de Bion y de Mosco, con sus crudas obscenidades y con aquel verso asqueroso en que se apostrofa al macho cabrío diciéndole:

«¡Oh de las cabras cándidas marido!»

Tan desorientado anda el P. Poncelis, que, ponderando á D. José Peón y Contreras co-

mo poeta dramático, dice de él, en són de elogio, que «pertenece á la escuela de Echegaray».

¡Pero, hombre!... ¡Si eso no es escuela!...

De serlo sería escuela de perdición, racionalista, deísta, anticristiana... Pero no es escuela siquiera. Es el cultivo no metodizado del despropósito: el cultivo del desatino á la que salta, sin más elemento de unidad ni de semejanza de unas obras con otras que el éxito feliz, constantemente procurado y conseguido por la secta masónica...

¡Y á eso llama escuela respetuosamente un jusuíta!...

Del progresista empedernido Guillermo Prieto, que tampoco sabe el castellano y que como versista es un mamarracho bastante parecido á nuestro Carulla, dice el P. Poncelis que «tampoco puede negársele el numen de *verdadero poeta*».

De un médico oscuro, llamado Hajar y Haro, dice que «*se parece mucho* al español Zorrilla».

¡Qué atrocidad, Dios mío!

Del general Riva Palacio, bastante conocido entre nosotros, especialmente como librepensador y mal escritor, después de llamarle militar valiente y hombre de Estado, lo cual es por lo menos una impertinencia, dice que

tiene «un idilio lleno de encanto y dulce inspiración».

Y, por último, de Altamarino, versista pedestre, y masón de los peores, dice que «la Providencia reunió en él singulares aptitudes», y elogia sus poesías diciendo que en ellas «palpita la ardiente voluptuosidad de la naturaleza americana»...

¡Usted alabando la voluptuosidad!... Vamos, P. Poncelis, que eso ya me parece que es demasiado...

Hablando de Cuba, dice el P. Poncelis que «la belleza tropical de aquel suelo parece desarrollar de un modo precoz los ingenios para la poesía, llamando en todas partes la atención el número de poetas y la facilidad de hacer versos, si bien la abundancia no ha correspondido al mérito»... Quiere decir que el mérito no ha correspondido al número; pero lo dice al revés, como suele decir casi todas las cosas por no saber castellano.

Y luego, después de prodigar elogios á todo perro y gato, no se atreve á llamar primer poeta entre los americanos á Heredia, que no sólo es el primero, sino casi único.

De él dice el P. Poncelis que «sería el primer poeta de aquel continente, si en sus numerosas poesías se hubiese esmerado como en la dedicada al Niágara».

¡Como si el ser poeta consistiera en esmerarse!

Yo no sé si el P. Poncelis tendrá mucho esmero. Lo que sé es que tiene poca sintaxis. De esto estoy seguro.

Y ahí va otra prueba:

«Su entonación es robustísima, sublimes y majestuosas las pinturas que hace de la naturaleza y cuya contemplación y estudio se eleva, como cristiano, al autor de todas las maravillas.»

¿Quién se eleva? ¿La contemplación y el estudio? ¿O es el hombre el que se eleva por medio de la contemplación? No se sabe...

Al llegar á Colombia suelta á chorro las alabanzas. Llama á una monja de Tunja la *Teresa granadina*, porque dice que fué muy parecida «á nuestra doctora castellana», á la que se parecería regularmente lo mismo que el P. Poncelis al Padre Mariana.

De otro colombiano mal poeta, llamado José Joaquín Ortiz, dice que «si en verso fué el *Quintana católico*, también en prosa ha sido el Balmes»; con lo cual vamos teniendo ya por lo menos dos Balmes falsificados.

No sé lo *Balmes* que sería el Sr. Ortiz en prosa, siendo de advertir que tampoco el Balmes verdadero fué gran prosista; pero lo que es los versos los hacía este *Quintana ca-*

tólico tan malos por lo menos como el Quintana anticatólico, que es bastate decir. No hay más que empezar á leer su oda *Al Tequendama*, que es la de más pretensiones, para encontrarse con estos dos versos insufribles:

«Oir ansié tu trueno majestuoso,
¡Tremendo Tequendama! ansié sentarme...»

¡Oir ansié tu trueno... ansié sen...!

Quien después de mucho trabajar en una composición no acierta á hacer mejores los dos primeros versos, no puede ser poeta.

«Eminente y desgraciado sabio» llama á D. Francisco José de Caldas, y añade: «cuya sensible muerte pesa sobre el atarantado jefe español que le mandó ejecutar»... Y que hizo en ello perfectamente, sin que deba apenarle aquel peso ni tampoco la sensiblería del Padre Poncelis, que es aquí el verdadero atarantado.

¿En cuál guerra no se ha hecho lo mismo?

¿Quería el P. Poncelis que los jefes españoles, en lugar de fusilar á los conspiradores, les dieran dulces...?

¡Ah, P. Poncelis! Crea Ud. que lo que pesa verdaderamente sobre muchos jefes españoles de aquella época, si no atarantados, pobres hombres, no es el haber hecho ejecutar

á algún revolucionario que otro, sino precisamente lo contrario: el no haber hecho ejecutar á todos los danzantes que, fingiéndose hijos sumisos de España, conspiraban contra ella traidoramente.

Después de alabar una oda, de uno de los muchos Caros de Colombia, todos malos poetas, titulada *La libertad y el socialismo*, y un poema nacional titulado *Memoria sobre el cultivo del maíz* (!!!), de un Sr. Gutiérrez ó González, ó las dos cosas; después de llamar *inspirado poeta* á un tal Samper, y *dulce* á un tal Santiago Pérez, y *magnífico descriptor* á... otro cualquiera, y *bien nacida* á la musa rípiosa del último de los Caros, el de la oda *Á la estatua del libertador*, y después de llamar á un Sr. Sanz el «*Licurgo de Venezuela*», llega el P. Poncelis á D. Andrés Bello y, no sabiendo ya qué decir de él, le llama «*gloria de la literatura castellana*», queriendo autorizar su opinión con el testimonio de nuestro Cánovas, que parece que ha dicho: «Bello es de los mayores maestros de la lengua y estilo que podemos señalar en la antigua y moderna literatura»...

Dijolo Blas...

Pero ni siquiera supo decirlo bien, pues parece que lo que *podemos señalar* no son los maestros, sino el estilo y la lengua.

¡Valiente autoridad, para dar patentes de maestro en lengua y estilo, la de quien nunca supo expresar con claridad en esa lengua su pensamiento!

Como poeta, dice el P. Poncelis que «Bello será siempre digno de estudio y de imitación»; pero no hay que hacerle caso, porque la verdad es que Bello no fué poeta, sino un versificador pesado, ripioso y oscuro hasta lo insufrible.

Su *anacreóntica* al *Anauco* no se entiende apenas; su traducción de la oda de Horacio, *O navis*, poco más ó menos.

En ésta nos pinta al sol metido por la noche en una alcoba, como un huésped de á dos pesetas, pues dice, hablando con la nave:

«Que tu nombre famoso
En reinos de la Aurora,
Y donde al sol recibe
Su cristalina alcoba...»

En la silva *A la Agricultura en la Zona tórrida*, para poner consonante á la *yuca* no ha tenido inconveniente en presentarnos á la patata educando á sus crías. Véase el caso, que tiene chiste:

«Para tus hijos la *procera* palma
Su *vario feudo* cría,
Y el *ananás* sazona su ambrosía:
Su blanco pan la *yuca*,
Sus rubias pomos la patata *educa*.»

Disparate que no puede tener más explicación que la fuerza del consonante y la ignorancia de lo que significa el verbo *educar*, el cual ni en su sentido usual puede emplearse así, ni tampoco en su sentido etimológico, pues precisamente la patata no saca á luz sus tubérculos, sino que los entierra.

¡Mire Ud. que presentarnos á la patata educando á sus patatinas pequeñas!...

A D. Rafael María Baralt, el académico que tuvo la desgraciada ocurrencia de componer un *Diccionario de Galicismos* sin conocer bien la construcción castellana, de donde resultó que figuran como galicismos en el tal Diccionario los giros más castizos de nuestro idioma; á D. Rafael María Baralt, que además fué uno de los versistas más prosaicos y más pedestres, le llama el P. Poncelis «*poeta dulce y armonioso y elevado y científico*».

¡Buenas y gordas!...

Ahí están los sonetos del Sr. Baralt clamando contra la injusticia del P. Poncelis desde las colecciones de la *Ilustración Española y Americana*.

«Poeta melancólico, pero *delicioso y dulce*», llama el P. Poncelis á Abigail Lozano, que es más malo que arrancado, como suele decirse.

Parecidos elogios hace de Calcaño, más

prosaico todavía que Lozano; y de otro escritor llamado Morales, y de otro llamado Pérez Bonalde, que dice que escribió nueve poemas al Niágara; vamos, casi otra catarata... de poemas.

De Olmedo dice el Padre Poncelis que «se le ha dado el título de *hombre ilustre* por sus virtudes cívicas».

Entre las cuales, sin duda, se contará el conspirar contra España al mismo tiempo que escribía versos adulatorios á sus Reyes.

Y añade el P. Poncelis: «Nosotros agregaremos el de *poeta insigne*, por sus *bien pensadas producciones*».

Eso sí; bien pensadas sí pudieron ser, porque se solía tomar bastante tiempo para componerlas.

Pero como no era poeta, ni insigne, ni siquiera regular, no le salían poesías sus producciones, ni aun después de haberlas pensado mucho.

Sobre medio año parece que estuvo construyendo de primera mano su *Canto á Bolívar*; y habiéndole consultado luego con el héroe, por sus consejos y observaciones continuó durante largo tiempo haciendo reformas en él y recortándole y remendándole.

¡Ay! Y así y todo resultó el dichoso *Canto á Bolívar* lata inaguantable, sin inspiración

ni espontaneidad, ni sentimiento, ni nada por donde parezca poesía, como no sea por haberle puesto en verso trabajoso y malo, después de haberle armado primero en prosa, como hacía con sus odas nuestro Quintana y como hacen casi todos los *poetas* que no son poetas.

Comienza el famoso *Canto* de Olmedo con los siguientes versos detestables:

«*El trueno horrendo que en fragor revienta
Y sordo retumbando se dilata
Por la inflamada esfera
Al Dios anuncia que en el Cielo impera;
Y el rayo que en Junín rompa y ahuyenta
La hispana muchedumbre...*»

¿Qué armonías y qué dulzuras habrá allá por en medio del interminable y soporífero *canto*, cuando el principio es así?... ¿Qué tendrá de poeta quien después de mucho clavetear y limar y machacar en su obra, no acertó á darla mejor encabezamiento que ese montón de ásperas majaderías que dejó copiadas?...

«*El trueno horrendo...*» Al primer tapón... dos palabras asonantes. «*Que en fragor revienta...*» Aliteración imposible de pronunciar.

Y luego, como si no fuera bastante para

asustar á la gente el *fragor* en que *revienta* el *trueno horrendo*, añade todavía el grandísimo cursi aquello de «y sordo retumbando...»

Todo hueco.

Después viene la *inflamada esfera*, final del verso tercero, asonante de *revienta*, final del primero, y luego, al final del cuarto, el verbo *impera*, bajo y pobre para aplicado á Dios del Cielo. Y, por último, viene el *rompe y ahuyenta, yau yen...* que acusa una falta radical de oído y de temperamento poético. Es imposible hacer media docena de versos más malos.

Después de leerlos y de tropezar á cada paso en el canto con otros iguales, no se puede leer sin cierto movimiento de repulsión lo que el P. Poncelis dice de Olmedo, en colaboración con nuestro Marcelino Menéndez, á saber: «que Olmedo tuvo la grandilocuencia poética, la continua efervescencia pindárica, el arte de las imágenes espléndidas...»

¡Válganos Dios! ¡La grandilocuencia poética! y no acertó á comenzar su obra más esmerada sino con aquellas vulgaridades cursis y duras y viejas del *trueno horrendo* que en *fragor revienta* y *sordo retumbando...* ¡La continua efervescencia pindárica! y *confeccionó* su canto fría y reposadamente con retazos

traducidos de Horacio y retazos imitados de Quintana y de Martínez de la Rosa... y le recortó cuando al *libertador* le pareció largo, como un sastre recorta una capa ó estrecha unos pantalones... ¡La continua efervescencia pindárica!... Esto casi da ira.

En cambio da lástima seguir leyendo al P. Poncelis, el cual, siempre burlado por la sintaxis, dice un poco más adelante que «la poca tranquilidad de que gozaron los espíritus (peruanos) en el primer tercio de este siglo, á causa de la *guerra de la independencia* (¡dale que ha de ser guerra de la independencia la insurrección!), y las convulsiones consiguientes en una sociedad que empezaba á organizarse (y que no ha pasado de ahí, pues sigue con las mismas convulsiones), *han malogrado muchos talentos* que habrían sido gloria del presente siglo como lo habían sido en los anteriores.»

¿Esos mismos talentos malogrados?... Esos talentos que no han podido ser glorias del presente siglo por las convulsiones y demás, ¿habían sido ya gloria de otros siglos?... ¡Dios de mi alma! ¡Si nos resultará el autor transmigrista!...

Hablando de un literato colombiano, dice el P. Poncelis que «Bogotá fué cuna de su nacimiento.»

¡Hombre, por Dios! De los nacimientos no son las cunas, sino de los nacidos.

Que tampoco nacen en la cuna, sino que los acuestan después en ella.

A lo que es cuenta, el P. Poncelis ha oído hablar de la cuna, pero no debe de saber lo que es á punto fijo...

Pues la cuna es una camina muy pequeña que tiene la base ligeramente curvada, con objeto de que se la pueda dar movimiento rotatorio incompleto, es decir, de que se pueda en ella arrollar al niño.

Figuradamente, y como quiera que la cuna es el primer mueble que el recién nacido ocupa, se suele llamar también cuna de un hombre al pueblo en que nació; pero se dice que tal pueblo fué su cuna, no que fué la cuna de su nacimiento, porque esto es sencillamente un disparate.

¿Se va convenciendo el P. Poncelis de que no está en disposición de ponerse á escribir, sino de ponerse á estudiar otra temporada?

*
*
*

POSDATA. A acabarse de imprimir este artículo, me dicen que la *Literatura Hispano-Americana* del P. Poncelis ha sido retirada de la circulación; que la misma persona que

había repartido los ejemplares por las librerías de Madrid ha vuelto á recogerlos.

Me alegro mucho, principalmente por el prestigio de la Compañía de Jesús, y después por el bien de las letras.